

Carta del Emo. Cardenal Villot en nombre de Pablo VI en la inauguración del Congreso Internacional "Teoría y Praxis"

SEGRETERIA DI STATO
N. 312178

Dal Vaticano, 5 de septiembre de 1976

Reverendo Padre:

La noticia que usted ha comunicado de que este Centro Internacional de Estudios y Relaciones Culturales celebrará un Congreso Internacional desde el 8 hasta el 15 de septiembre sobre el tema «Teoría y Praxis» ha sido acogido con vivo interés por Su Santidad, que congratulándose por una tan útil y oportuna iniciativa, desea hacerles llegar con esta ocasión sus paternales palabras de augurio, de guía y de aliento.

No ha pasado desapercibida al Santo Padre la importancia del tema que se tratará en el Congreso, ya que parece recoger el punto central de tantas polémicas del pensamiento y de la vida en el mundo contemporáneo. Buscar un orden más equitativo y fundamentado en las relaciones entre teoría y praxis; por consiguiente revisar el papel de la razón y de la ley, como también el límite de la dependencia de la acción, significa someter a la reflexión uno de los aspectos más graves y más inquietantes de la sociedad moderna. En realidad nadie ignora cuán preponderante es hoy día el papel que suele atribuirse a la utilidad respecto de la verdad; a la acción ante la contemplación, produciendo de tal modo profundos cambios en las normas de la vida individual y social. El Concilio Ecuménico Vaticano II ya había puesto de relieve que «el cambio de mentalidad y de estructura con frecuencia pone en litigio los valores tradicionales» y además que «los modos de pensar y de sentir heredados del pasado, no siempre

se adaptan bien a la situación actual: de ahí un profundo malestar en el comportamiento y en las mismas normas de la conducta» (Constit. *Gaudium et Spes*, n. 7).

El problema reviste una gravedad aún mayor por cuanto, según varias ideologías contemporáneas, una teoría no saca su valor de la verdad que exprese, sino solamente de su interés individual y social, y por ello se convierte en aceptable tan sólo en cuanto aparezca como quiera que sea, útil al individuo y a la colectividad. Hay que notar además que la valoración de una teoría en función del éxito de una praxis arbitraria se extiende a pesar de todo, también al campo religioso, por obra de aquellos que juzgan el valor de los dogmas en relación con una eficacia, cualquiera que sea, emotiva y política, llegando así a negar verdades fundamentales de la revelación cristiana y hasta la misma existencia de Dios, juzgada extraña al interés y a la utilidad de individuos y grupos sociales.

A todos y particularmente a quien minimiza y contamina la verdad evangélica, habrían de servir de advertencia las palabras de Jesús a Pilato: «Para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad» (Juan, 19, 37).

Pero sí la verdad no puede claudicar ante el utilitarismo, tampoco puede cerrarse en el egoísmo, sino que debe abrirse a la comunicación y a la promoción del individuo y de la sociedad. San Bernardo ha analizado los varios modos con que el saber se aísla en sí mismo y se expansiona en la práctica: «Hay quienes quieren saber con el solo fin de saber; y esto es torpe curiosidad. Hay quienes quieren conocer para que así sean conocidos; lo cual es torpe vanidad. También hay quienes quieren saber para vender su ciencia, por ejemplo por dinero, o por honores; que es torpe mercantilismo. Pero también hay quienes quieren saber para edificar; y esto es caridad. Por fin hay quienes quieren saber para ser ellos edificados; lo cual es prudencia» (*Sermo 36 in Cantica*, P. L. 183, 968).

La teoría se extiende en la práctica y por consiguiente cuanto más alta y amigable sea la verdad conocida, tanto más se detiene el espíritu a contemplarla y a gozar de ella con un íntimo gozo, de suerte que la verdad se convierte en principio de una práctica más elevada, convencida y eficaz. Por ello la sabiduría teórica en su desarrollo práctico deberá estar al corriente de la historia, de las condiciones culturales y sociales de la actividad humana y deberá también chocar con la historia, en cuanto a todo lo que de malo se contiene y se obra en ella. Y si bien en el paso desde la teoría a la práctica la humanidad no podrá nunca llegar a actuaciones exhaustivas, no obstante deberá siempre evitar realizaciones contradictorias.

Su Santidad, pues, mientras se complace por el trabajo que este Congreso Internacional se propone desarrollar, expresa sus deseos de que esto pueda realizarse con plena fidelidad a la Verdad Primera, inspiradora de toda verdad humana y en vistas de una práctica que promueva la justicia y el desarrollo del individuo y de la sociedad, como se expresaba el mismo San Bernardo: «Ya ves que no se arriba acertadamente a la luz de la ciencia si antes la semilla de la justicia no se echa en el alma, de donde se forma el grano de la vida y no la paja de la vanagloria» (*Epístola 108*, P. L. 182, 250).

Con estos sentimientos el Sumo Pontífice envía de todo corazón a V. P., como también a todos los relatores y participantes al Congreso, su alentadora Bendición Apostólica.

Aprovecho esta ocasión para expresarle mis sentimientos de religioso aprecio.

De su Paternidad Rdma. dev. en el Señor.

† G. Card. VILLOT

Reverendo Padre
P. BENEDETTO d'AMORE, O. P.
Direttore del Centro Internazionale
di Studi e di Relazioni Culturali.
— Roma.